

justicia divina, procuró reformarla con todo su posible. Fué esto ocasion para que siendo el obispo á todos muy amable, los españoles de esta tierra, que estaban apoderados de los indios y se servian de ellos mas que inhumanamente, le cobrasen odio y rancor á él y á los demas religiosos que miraban por la honra de Dios y por la cristiandad y amparo de los recién convertidos, y los persiguiesen como á capitales enemigos. Eran los autores de esta maldad los mismos que gobernaban la tierra en ausencia de D. Fernando Cortés. Y sucedió que habiendo sacado un hombre que estaba retraído en el convento de S. Francisco de México, y llevándolo á la cárcel, estando puesto entredicho, lo querian sacar á justiciar. Viendo esto el siervo de Dios, con algunos de sus clérigos y con una cruz cubierta de luto fué á la cárcel á que le diesen el preso y no lo justiciasen, pues le valia la inmunidad de la Iglesia, la cual de oficio estaba obligado á defender. Los ministros de la justicia, que estaban por la parte de dentro, no solo con palabras de poco respeto, mas tambien con lanzas y otras armas se pusieron á defender que no llegasen los eclesiásticos á la puerta de la cárcel, y al mismo obispo le tiraron un bote de lanza con el recaton, que le pasó por debajo del sobaco. Mas Nuestro Señor que lo guardaba para mayores cosas, no permitió que le acertasen, como acaeció cuando Saul tiró la lanza á David, que no le acertó por permission divina. Levantaron en esta persecucion al siervo de Dios y á aquellos santos religiosos de aquel tiempo muchos falsos testimonios de cosas feas y deshonestas, que aun la imaginacion de ellas no cabia en pechos tan llenos de Dios como los suyos. Escribieron contra estos santos varones al Emperador y á su consejo de Indias, para los desacreditar, por si informasen contra ellos de lo que pasaba. Y por otra parte pusieron la diligencia posible para no dejar pasar á España cartas suyas, como en efecto no las pudieron enviar hasta que un marinero vizcaino se ofreció al santo obispo en secreto de llevarlas y darlas en su mano al Emperador. Y así lo cumplió, que las llevó dentro de una boya muy bien breada y echada á la mar, hasta que la pudo sacar á su salvo, y llegado á España las puso en las manos de la cristianísima Emperatriz en ausencia del Emperador, la cual las leyó con muchas lágrimas, sintiendo los grandes trabajos y persecuciones que el siervo de Dios y los otros religiosos padecian. Y mandó luego con toda brevedad despachar navío para la Nueva España, y deponer de sus oficios al gobernador y oidores y embarcarlos para España, los cuales murieron malamente

1 Reg. 19.

en breve tiempo, y los que acá quedaron, que habian sido en infamar falsamente á los santos religiosos, se desdijeron públicamente con testimonio de escribano. Proveyó dende á poco la Emperatriz, gobernadora de los reinos de España, otros jueces para la audiencia real de México, buenos cristianos y temerosos de Dios, y envió á llamar al obispo para que se consagrara. Volvió por este mandato á España, año de mil y quinientos y treinta y dos, con harta pobreza de dineros y de lo demas (segun lo mucho que le convenia negociar) para su consagracion. En España defendió con pecho apostólico la inocencia de los religiosos y suya, y quitó (en lo que pudo) la miseria y vejacion de los afligidos indios. Anduvo por España pobre y penitentemente, animando á los religiosos que veia ser para ello, á que viniesen á tan santa empresa, como era la conversion de tantas almas á la fe de Cristo. Tornó consagrado á esta Nueva España, año de mil y quinientos y treinta y cuatro, con mucha honra y valor, como su persona y vida lo merecian. Tenia mas tierno amor á los indios convertidos, que ningun padre tiene á sus hijos. En sus enfermedades y trabajos lloraba con ellos, y nunca se cansaba de los servir y llevar sobre sus hombros como verdadero pastor. Fué parte para quitarles los excesivos tributos que entonces daban, así al rey como á los encomenderos, de oro, plata, piedras preciosas, plumas, mantas ricas, esclavos y indios de carga, y para que no fuesen vejados con el trabajo de los suntuosos edificios de casas que hacian para los españoles. Antes de su ida á España, habia escrito al Emperador y á su consejo de Indias, suplicando que á los indios esclavos se diese libertad, por el inicuo abuso que cerca de esto pasaba, pues los que los tenian, era con mal título y contra conciencia. Y lo mismo escribieron otros graves religiosos de aquel tiempo, y lo solicitaba en corte el obispo de Chiapa D. Fr. Bartolomé de las Casas. Á lo cual acudió con mucho acuerdo el dicho consejo, y se envió la primera provision para que fuesen libertados los indios esclavos, antes que este santo obispo fuese á España, firmada de la Emperatriz, año de mil y quinientos y treinta. Y despues que de allá volvió con otros mayores favores que trajo, lo solicitó con mucha diligencia, hasta que tuvo el debido efecto. Dijéronle á este varon de Dios una vez ciertos caballeros que no gustaban de verlo tan familiar para con los indios: «Mire vuestra señoría, señor reverendísimo, que estos indios, como andan tan desarrapados y sucios, dan de sí mal olor. Y como vuestra señoría no es mozo ni robusto, sino viejo y enfermo, le podria hacer mu-

Lic. Maldonado.
Lic. Salmeron.
Lic. Vasco de Qui-
roga.
Lic. Ceynos.
1532.

1534.

1530.

Dicho cristiano del
santo obispo Zumá-
raga.

cho mal el tratar tanto con ellos.» El obispo les respondió con gran fervor de espíritu: «Vosotros sois los que oleis mal y me causais con vuestro mal olor asco y desgusto, pues buscais tanto la vana curiosidad, y vivís en delicadezas como si no fuédes cristianos; que estos pobres indios me huelen á mí al cielo, y me consuelan y dan salud, pues me enseñan la aspereza de vida y la penitencia que tengo de hacer si me he de salvar.»

CAPÍTULO XXVIII.

De cómo el santo varon, con ser obispo, fué observantísimo de su regla y muy solícito en su oficio, y de la abstinencia, pobreza y humildad que siempre tuvo.

FUÉ este benditísimo prelado muy amigo de la virtud y de virtuosos, y acérrimo reprendedor de vicios y viciosos, y tan enemigo de la ociosidad, que no permitia que alguno de su casa estuviese ocioso. Jamas consintió que mujer alguna entrase en su casa, aunque fuese necesaria al servicio de ella. Ni nunca consintió que por alguna ocasion subiese mujer á lo alto de su casa y aposentos de ella, antes lo tenia todo cerrado como un monesterio. No le daban gusto las ceremonias excusadas, y aborrecia los cumplimientos vanos y sin provecho. En su comer y beber y vestir era muy limpio, aunque comia y vestia pobremente. Y solia decir, que el clérigo y religioso habian de traer sus vestiduras limpias, aunque pobres y remendadas, por la dignidad de su oficio. Siendo obispo vivió como muy perfecto religioso, así en preciarse de la humildad y pobreza en lo que tocaba á su persona, vistiéndose como en la orden, de áspero vestido, y durmiendo en pobre cama, como en levantarse á maitines á media noche y comer siempre con licion y silencio, y no permitir que se trajesen á su mesa mas raciones y platos de lo que suelen comer comunmente los religiosos en sus conventos. Los tapices y paños de su casa, eran muchos y buenos libros, porque era amicísimo de letras y de los que las tenian con humildad. En las misas y órdenes que celebraba y otros actos pontificales, y en predicar la palabra divina, su muy venerable persona representaba bien la dignidad que tenia. Mas fuera de estos tiempos y oficios de autoridad, tratábase como fraile menor. El oficio de la crisma y confirmacion hacia con tan grande espíritu y lágrimas, que movia á devocion á los que presentes se hallaban, y cuando lo ejercitaba

no se acordaba de comer, ni jamas se cansaba, ni habia otro remedio para acabar, mas de quitarle la mitra de la cabeza y ausentarse los padrinos, porque si esto no hacian, estuviera hasta la noche confirmando. Cuando iba á confirmar y visitar su obispado, las mas veces iba casi solo ó con muy poca gente, por no dar vejacion á los indios, y confirmábalos con las candelas que él de su casa llevaba por no los echar en costa y porque algunos no dejasen de confirmarse por falta de un real ó medio que podia valer la candela, considerando su mucha pobreza y miseria. Era tan fraile de Santo Domingo y de S. Augustin en la aficion, familiaridad y benevolencia, como de S. Francisco, porque con una mesma igualdad de amor y voluntad trataba con todos, así en obras como en palabras, con lo cual era á todos amabilísimo. Esforzábalos mucho, y amonestábalos á que aprendiesen las lenguas de los indios, y á que trabajasen sin cansar en la viña tan ampla del Señor, donde estaban puestos por sus obreros. Defendíalos tambien de los que los perseguian y calumniaban, y haciales muy largas limosnas, dándoles en comun y en particular lo que habian menester de libros, vestuario y otras cosas, y ofreciéndose á lo demas que le quisiesen pedir. Proveia abundantemente lo necesario á las enfermerías de los tres conventos de México, que en aquel tiempo no habia otros. Tambien en la misma ciudad hacia otras muchas limosnas á mujeres viudas y huérfanas y pobres necesitados, y todos se admiraban cómo con tan poca renta hacia tanta limosna. Una vez, no teniendo que dar á un indio que le pidió limosna, le dió el paño con que se limpiaba el rostro. Edificó en México las casas arzobispales y el hospital de S. Cosme y S. Damian para curar en él los enfermos de enfermedades contagiosas. Edificó tambien la enfermería antigua del monesterio de S. Francisco, adonde estuvo su retrato sacado al natural. Y no dejó de importunar á los religiosos que le dejasen edificar todo el monesterio, lo cual ellos no permitieron por el mucho celo que aquellos benditos padres tenian y amor á la santa pobreza. En Durango, su patria, puso cierta renta para sustento de religiosas beatas, y para que fuesen proveidos los frailes y pobres que allí llegasen. Cuando le venia de España algun pariente, haciale que ejercitase el oficio que sabia y con él ganase de comer, y deciale que no esperase mayorazgos ni mercedes por ser deudo de obispo. Visitaba los hospitales y él mesmo curaba los enfermos con mucha caridad. Su librería, que era mucha y buena, repartió, dejando parte de ella á la iglesia mayor y parte á los conventos de las tres órdenes. Ayunaba

los ayunos de la regla del padre S. Francisco como cuando estaba sujeto á la órden, y algunas veces la cuaresma que llaman de los benditos, porque el bienaventurado S. Francisco echó su bendicion á los que la ayunasen, que es desde la fiesta de los Reyes hasta cuarenta dias continuos. Sin esto ayunaba otros dias por su devocion. Los viérnes iba al monesterio de S. Francisco, y decia su culpa en el capítulo de los frailes, y recibia con extraña humildad las reprehensiones y penitencias que le daba el que allí presidia; y esto hizo mas veces el tiempo que estuvo electo antes de consagrarse. Una vez colgaron en su casa unos paramentos de lienzo de la tierra, y como fuese (como solia) al convento de S. Francisco, dijéronle algunos frailes sus amigos y devotos, que ya era obispo. Sintió esto dentro de su alma el santo prelado, y volviendo á su casa, él mesmo comenzó á derribar los paramentos ó cortinas, y decia á los de su casa con lágrimas: «Dícenme que ya no soy fraile sino obispo; pues yo mas quiero ser fraile que obispo.» Y bien lo mostró por la obra, que luego procuró renunciar el obispado, aunque no tuvo efecto su renunciacion, porque ni el Papa ni Emperador quisieron condescender con su peticion. Cuando no tenia compañero religioso que lo confesase en su casa, se iba á confesar al convento de S. Francisco, que no está cerca sino algo lejos, y se volvía á celebrar á su iglesia, llevándose él mismo el breviario en sus manos para rezar el oficio divino. Aconteció una vez que un hombre honrado que habia venido del Perú á la ciudad de México, vió al santo obispo de esta manera ir solo por la calle, y pareciéndole persona de autoridad, preguntó quién era aquel fraile. Y como le dijesen que era el obispo de la ciudad, maravillado de su mucha humildad y llaneza, dijo: «¡Oh dichosa ciudad que tal obispo ha merecido tener!» Andando camino, cuando le acontecia llevar en su compañía religiosos de alguna de las órdenes, no queria subir en un humilde jumento que para alivio de su vejez traia, mas caminaba á pié con ellos, porque en aquel tiempo todos los religiosos de las tres órdenes, aunque fuesen prelados superiores, andaban á pié, y muchos de ellos descalzos. Los religiosos con mucha importunacion le rogaban que subiese en la bestia, pues para eso la llevaba, y que no convenia que una persona de su edad y dignidad se igualase á ellos. Á lo cual respondia, que pues los siervos de Dios andaban á pié, no era justo que él en su compañía anduviese á caballo. Supo este santo varon el dia y hora de su muerte, y dijolo á muchos. Y considerando que pasarian algunos años antes que viniese otro prelado que

pudiese confirmar, mandó dar aviso por todos los pueblos de la comarca de México para que en aquella ciudad se viniesen á confirmar los que no se oviesen confirmado, y á recibir el olio santo y crisma los que no lo habian recibido cuando se bautizaron, que eran muchos. Los cuales juntos en la solenne capilla de S. José (que está en el patio del monesterio de S. Francisco), confirmó, y puso la crisma y olio santo á los que no lo habian recibido, ayudándole en estos actos muchos sacerdotes que se hallaron presentes.

CAPÍTULO XXIX.

Con cuánta dificultad aceptó la dignidad arzobispal, y de su bienaventurada muerte, y sentimiento que por él hizo toda la ciudad.

Pocos dias despues, estando en el pueblo de Ocuituco, donde habia ido á confirmar, le llegaron las bulas de su Santidad, procuradas por el Emperador, para que fuese el primer arzobispo de México. Las cuales le pusieron en grande angustia, porque él por su mucha humildad no queria aceptar esta dignidad, diciendo que aun para la que tenia de obispo no era digno, cuánto mas para otra superior. Los religiosos de todas las órdenes por otra parte le aconsejaban que la aceptase, salvo dos de quien él hacia mucha cuenta. Y habiéndose ido del pueblo de Ocuituco á México, y estando perplejo y dubdoso en lo que haria, porque los ciudadanos de México no le fuesen á importunar que aceptase la nueva dignidad, acordó de partirse para un pueblo que se llama Tepetlaoztoc, que dista de México ocho leguas, donde á la sazón era morador su muy íntimo amigo y siervo de Dios Fr. Domingo de Betanzos, de la órden de los predicadores, en cuyas manos (como lo decia el bendito pontífice) deseaba morir. Salió de México vispera de Pascua de Espíritu Santo, despues de media noche, y dióse tanta priesa á caminar en un jumento harto humilde de que siempre usaba, que llegó á las nueve del dia á Tepetlaoztoc, donde fué alegremente recibido de los religiosos del monesterio. Diéronle allí ai tiempo del comer un poco de vino; mas por muchos ruegos y persuasiones que para ello le hicieron, no pudieron acabar con él que lo bebiese, aunque la necesidad que traia era grande por su vejez y cansancio. Esto hizo porque sabia que los religiosos de aquel convento no lo habian de beber. Y por no tenerse por mas digno que ellos no lo quiso

hacer. Estuvo allí cuatro dias platicando y confiriendo sobre si aceptaria ó no la dignidad de arzobispo, y en ellos confirmó catorce mil y quinientos indios, trabajo muy excesivo para hombre de tanta edad. Esto certificó el vicario que entonces era de aquel monesterio, porque hizo contar las vendas de los confirmados. El juéves siguiente despues de Pascua le dió su mal de orina de que era apasionado, y púsolo en tanto aprieto que tuvo necesidad de volverse á la ciudad, y acompañólo su fiel amigo Fr. Domingo de Betanzos, que no lo desamparó hasta que en sus manos espiró, y así se cumplió su deseo. Una hora antes de su tránsito, dijo á los religiosos que con él estaban: «¡Oh padres, cuán diferente cosa es verse el hombre en el artículo de la muerte, ó hablar de ella!» Recibidos con mucha devocion los sacramentos de la Eucaristía y extremauncion; dió el alma á su Criador, diciendo: *In manus tuas, Domine, commendo spiritum meum*, domingo despues de la fiesta del Corpus Christi, á las nueve de la mañana, año de mil y quinientos y cuarenta y ocho, estando con todo su juicio, sin turbacion alguna, y siendo de edad de mas de ochenta años. Mandóse enterrar en el monesterio de S. Francisco con los frailes sus hermanos; mas por haber sido el primer prelado de la Iglesia de México, lo sepultaron en ella á la puerta del Sagrario junto al altar mayor, á la parte del evangelio, que otro sepulcro no se le pudo dar mas preeminente. Su muerte se supo milagrosamente aquel mesmo dia por toda la comarca de México, y se hizo espantoso llanto en todas las ciudades y pueblos, y todos se cubrieron de luto. Fué mucha la gente que concurrió á su sepultura, y con tantas lágrimas y sollozos de los religiosos y clérigos fué sepultado, que no se podian hacer los oficios acostumbrados. Jamas fué visto tan doloroso sentimiento por prelado. El virey y oficiales de la real audiencia estuvieron á su entierro vestidos de loras negras, dando muchos gemidos y suspiros, que no los podian disimular. El llanto y alarido del pueblo era tan grande y espantoso, que parecia ser llegado el dia del juicio. Dícese que su cuerpo está entero, y tiénese creído que Nuestro Señor ha hecho algunos milagros por su siervo despues de su muerte. El mas auténtico es, que algunos años antes de su muerte habia vedado el apostólico varon por causas justas que le movieron, los bailes y danzas profanas y representaciones poco honestas que se hacian en la procesion general de la fiesta de Corpus Christi, donde tanta atencion y reverencia se requiere. Y aun para dejar mas fundada esta reformation, juntamente con una muy provechosa doc-

1548.

trina cristiana que él mesmo compuso, hizo imprimir un tratado de Dionisio Cartujano del modo como se deben hacer las procesiones con reverencia y devocion. Y despues de muerto el siervo de Dios, en sede vacante pareció á algunos de los del cabildo que se tornasen á hacer aquellas farsas y bailes que antes se hacian. Estando, pues, ya aparejados los representantes y todo á punto, el mesmo dia de la sagrada fiesta por la mañana llovió en tanta manera, que no fué posible hacerse la procesion acostumbrada por las calles, como se suele hacer. Visto esto por el cabildo de la Iglesia, y advirtiéndole que aquello era permission divina por haber tenido en poco el mandato del varon santo, determinaron que de allí adelante no se hiciesen aquellos juegos y danzas, y así se guardó todo el tiempo de la sede vacante, que fueron seis años. Escribió este santo obispo una carta al ministro general y á los demas padres vocales de la órden de los frailes menores que se congregaron en capítulo general en la ciudad de Tolosa de Francia, año de mil y quinientos y treinta y dos, la cual para que el cristiano lector alabe á Dios, viendo el fruto que aquellos santos religiosos en aquel tiempo hacian, se tradujo del latin en romance, y es la que se sigue.

1532.

CAPÍTULO XXX.

En que se contiene una carta que el santo obispo escribió al capítulo general celebrado en Tolosa de Francia.

Muy Reverendos Padres: Sabed que andamos muy ocupados con grandes y continuos trabajos en la conversion de los infieles, de los cuales (por la gracia de Dios) por manos de nuestros religiosos de la órden de nuestro seráfico padre S. Francisco, de la regular observancia, se han bautizado mas de un millon de personas, quinientos templos de ídolos derribado por tierra, y mas de veinte mil figuras de demonios que adoraban, han sido hechas pedazos y quemadas. En muchos lugares están edificadas iglesias y oratorios, y en muchas partes levantadas en alto y adoradas de los indios las armas resplandecientes de la santa Cruz. Y lo que pone admiracion es, que antiguamente en su infidelidad tenian por costumbre en esta ciudad de México cada año sacrificar á sus ídolos mas de veinte mil corazones humanos, y agora, no á los demonios, mas á Dios, son ofrecidos con innumerables sacrificios de alabanza, mediante la doctrina y buen ejemplo de nuestros religiosos, por lo cual al mesmo solo Dios sea honra y gloria, el cual es adorado con reverencia en aquellos lugares por los niños hijos de estos naturales. Hacen muchos de estos algunos ayunos, disciplinas y continuas oraciones, derramando lágrimas y dando muchos suspiros. Muchos de estos niños, y otros mayores, saben bien leer, escribir, cantar y hacer punto de canto. Confíensanse á menudo y reciben con mucha devocion el santísimo Sacramento del

Carta del santo obispo Zumárraga al capítulo general de Tolosa.